

tomaban el rumbo de Xochimilco, luego pensó que allí se le disponía una dura resistencia; pero no pudo figurarse que fuese como fué.

Cuando entró en la calzada principal encontró en la estrechidad interior de ella, un cuerpo de indios que del otro lado de un puente roto se preparaba á disputarle el tránsito. Habían construido palizadas que los defendían del fuego de los españoles; pero el lago era tan somero, que los ginetes y los infantes pudieron echarse al agua, y los unos vadeando, y los otros á nado, en medio de una lluvia de proyectiles llegaron á tierra, á poca distancia de la ciudad. Allí se trabó un reñido encuentro con los indios los cuales huyeron á la ciudad, aunque algunos lo hicieron al campo descubierto, y estos fueron lanceados por la caballería: el grueso del ejército, perseguido por la infantería española, se internó en las calles y encrucijadas de la ciudad, sin oponer ya mayor resistencia. Cortés y unos pocos que lograron salir de aquel tumulto, permanecieron cerca de la entrada de la ciudad. Poco tiempo hacía que estaba allí, cuando fué atacado por un cuerpo de refresco, que había llegado improvisamente á la ciudad por una calzada inmediata. El general con su acostumbrada intrepidez les salió al encuentro con la esperanza de atajarlos en su marcha; pero le acompañaban muy pocos, por lo que en breves momentos se vió agobiado y envuelto por la multitud. Su caballo resbaló y cayó, y Cortés que antes de poder levantarse había recibido un golpe en la cabeza, fué cogido y llevado en triunfo por los indios. En este momento crítico un tlaxcaltecatl que conoció el peligro inminente en que se hallaba el general, saltó á manera de uno de los tigres de sus montañas nativas, y trató de libertarle de las garras de los enemigos. Dos pages de Cortés acudieron también en su ayuda, y por último, gracias á los esfuerzos de éstos y del denodado tlaxcaltecatl, logró levantarse y salvarse de sus enemigos. Colocarse otra vez en la silla y blandir su bien templada lanza, todo fué obra de un momento. Prontamente acudieron otros españoles, y el resto que se había alejado, percibiendo el fragor de las armas, se volvió también; con lo que los indios se vieron obligados á dejar la ciudad. Pero la caballería que venía de regreso, les

cortó la retirada, y puestos así entre dos fuegos, quedaron enteramente despedazados, ó tuvieron para salvarse que arrojar-se á las aguas del lago.¹²

Este fué el mayor peligro en que se había visto la persona de Cortés: su vida estuvo en manos de los bárbaros, y la habría perdido indudablemente á no ser por el empeño que tuvieron en cogerle prisionero; circunstancia á la cual debieron su salvación muchos españoles. Cuentan que al día siguiente se acordó del tlaxcaltecatl que tan arrojadamente había acudido en su defensa, y que no sabiendo nada acerca de su paradero, atribuyó su salvación á San Pedro.¹³ Puede escusársele que haya presumido la intervención de un ángel bueno, si se considera lo tremenda que era la suerte de los cautivos, y que en el presente caso, no debía tener grandes esperanzas de que fuesen mitigados sus tormentos. ¡Demasiado intrépido debe haber sido el corazón que, fuese por el motivo que fuese, desafiaba voluntariamente semejante peligro! Pero sus compañeros hicieron tanto como él, y lo que es más, con menores recompensas.

La época de que vamos hablando pertenecía todavía á la edad sorprendente y novelesca de la caballería; á esa edad de que no podemos formarnos una idea en estos tiempos de práctica y positiva realidad. El español con su nimio pundonor, sus romances heróicos y sus altivas y vanagloriosas bravatas, era el legítimo representante de aquella época. Los europeos, en general, todavía no se acostumbraban al ócio de la vida literaria, ni á la actividad del comercio, ni á la mansedumbre de la agricultura: estas ocupaciones se quedaban para el solitario y recluso monge, para el humilde aldeano y el mi-

¹² *Relac. Terc.*, pág. 226. *Herrera*, ubi supra. *Oviedo*, ubi supra.

Así es como generalmente se refiere el lance; sin embargo de que Diaz cuenta que debió su salvación el general á un tal Olea, castellano, ayudado de algunos tlaxcaltecas y que su defensor recibió tres buenas heridas. (*Hist. de la Conq.*, cap. 145.) Pero es un asunto en el que nadie debía estar mejor informado que el mismo Cortés, y que por otra parte no era fácil que se le olvidase. Seguramente el veterano confundió este lance con algun otro parecido que acaecería al general.

¹³ "Otro día buscó Cortés al indio que le socorrió, y muerto ni vivo no pareció; y Cortés por la devoción de San Pedro juzgó que él le había ayudado." *Herrera*, *Hist. General*, dec. 3, lib. 1, cap. 8.

serable siervo. Las armas eran la única profesion digna de hombres de noble alcurnia, la única carrera en que podian entrar con honor los hidalgos bien nacidos y esforzados. El nuevo mundo ofrecia vasto teatro al ejercicio de esta vocacion, y el español la abrazó con todo el entusiasmo de un héroe de romance.

Otras naciones entraron tambien; pero por diferentes motivos. El frances mandaba allí sus misioneros para que habiando entre los infieles, ganasen almas para el Paraiso, y sobre-llevasen ó aun buscasen para sí la corona del martirio. El holandés tenia tambien su mision, la del lucro terrenal, y encontraba sobrada recompensa de sus fatigas y peligros, en el ganancioso tráfico con los indios. Nuestros antepasados los puritanos, llevados de un espíritu verdaderamente anglo-sajon, abandonaban los placeres de la patria y se echaban al océano, para ir á buscar en desiertos espantosos, todas las dulzuras de la libertad civil y religiosa. Pero los españoles venian al Nuevo Mundo llevados de un espíritu de verdaderos caballeros errantes, en busca de aventuras y peligros, como si este fuese su único objeto. Siempre estaban prontos á esgrimir la espada y la lanza en defensa de la fé, y cuando daban el grito de "Santiago," se imaginaban estar militando bajo las banderas del apóstol en persona; y sentian que su brazo era igual al de cien infieles. Era la hora en que espiraba la edad de la caballería; pero España, la romántica España fué la tierra donde su luz alumbró por mas tiempo el horizonte.

Todavía no oscurecia cuando volvieron á entrar en la ciudad Cortés y los suyos. La primera providencia que tomó Cortés fué subir á un templo inmediato y desde allí reconocer el pais. El espectáculo que se ofrecia á su vista habria aterrado á un corazon menos denodado que el suyo: la superficie del lago estaba plagada de canoas cargadas de indios, y la calzada de escuadrones que parecian encaminarse á la ciudad. En efecto, apenas supo Cuauhtemotzin la llegada de los blancos á Xochimilco, cuando envió un gran refuerzo en ayuda de la ciudad. Como dicho ejército estaba en marcha y distaba poco de Xochimilco, bien podia llegar allí antes de entrada la noche.¹⁴

¹⁴ "Por el agua á una muy grande flota de canoas que creo que pasaban de dos mil;

Cortés hizo muchos preparativos para la defensa de sus cuarteles: situó partidas de gente armada de picas en los lugares por donde era mas probable que desembarcasen los indios: dobló los centinelas y acompañado de los principales oficiales rondó el campamento toda la noche. A todos los motivos para estar en vela se añadía que los dardos de los ballesteros casi se habian acabado y los arqueros se ocupaban activamente en acomodar á las saetas, puntas de cobre de que tenia gran copia el ejército; por manera que aquella noche se durmió poco en el campamento.¹⁵

Pasóse sin que fuesen molestados los españoles. Aunque la noche no estaba nublada, pero sí oscura y los centinelas, no obstante que nada veian, oyeron distintamente el rumor de muchos remos movidos en el agua, á poca distancia de la ribera. Pero los indios de las canoas no se atrevieron á desembarcar, recelosos ó tal vez sabedores de los preparativos hechos por los blancos para recibirles. Al primer albor del dia, ya estaban sobre las armas y sin aguardar el movimiento de los españoles, invadieron la ciudad y los asaltaron en sus cuarteles.

Aquellos, reunidos en el atrio de uno de los templos, fueron cogidos con desventaja, porque las estrechas callejuelas de la ciudad y el resbaladizo lodo que cubria las calles, estorbaban los movimientos de la caballería. Pero Cortés formó á todos sus ballesteros y arcabuceros, y rompió un fuego tan sostenido y certero, que desconcertó las filas enemigas y las obligó á retroceder. La infantería con sus largas picas completó la derrota; y la caballería con sus lanzas dió alcance, por muchas leguas, á los aztecas que se retiraban de la ciudad.

Sin embargo, los fugitivos encontraron en su huida un refuerzo que venia á socorrerles: se reunieron á él, volvieron ca-

y en ellas venian mas de doce mil hombres de guerra; é por la tierra llegó tanta multitud de gente, que todos los campos cubrian." Relac. Terc., pág. 227.

¹⁵ "Y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro real, repartida á los puertos é acequias por donde habian de venir á desembarcar; y los de á caballo muy á punto toda la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche." Bernal Díaz, cap. 145.

ras contra los blancos, los cuales viéndose demasiado urgidos, apretaron á los caballos y á todo galope regresaron á la ciudad. Todavía no habian andado mucho cuando encontraron al grueso del ejército que salia en su ayuda: reforzados de esta suerte, volvieron otra vez á la carga, pero ya las huestes enemigas venian á toda carrera con el ímpetu de un terremoto. Por un momento la victoria estuvo indecisa, pues la inmensa multitud se dispersó por acá y por acullá, en fuerza del choque, y subió al cielo un confuso rumor en el que estaban mezclados los ahullidos de los salvages y el grito de guerra de los cristianos; grito que por la vez primera resonaba en aquellas riberas. Pero por último, el valor castellano, ó mejor dicho, las armas y la disciplina castellanas, quedaron triunfantes. El enemigo despedazado retrocedió, emprendiendo paso á paso una retirada que á poco se convirtió en una derrota; y los conquistadores hicieron tan espantosa carnicería en las fugitivas filas del enemigo, que este quedó escarmentado y no volvió á intentar otro ataque.

Los vencedores se encontraron, pues, dueños absolutos de la ciudad, rica de algodón, de oro, plumage y otros artículos de comodidad y de lujo, que ofrecieron rico botin á los soldados. Cuando mas ocupados estaban en el pillage, desembarcó parte de los indios de las canoas, hizo prisioneros á algunos españoles que andaban dispersos y cargados de botin. Esto produjo en las tropas una sensación mayor que si hubiese perecido décuplo número en el campo de batalla. Era raro que un español se dejase coger vivo, y en la vez presente, solo una sorpresa pudo hacer que esto fuese así. Lleváronles á la capital y sacrificóseles en la forma ordinaria. Sus brazos y piernas fueron cortados de orden del feroz monarca azteca, y enviados á las capitales circunvecinas, con el aviso de que aquel mismo destino seria el de todos los enemigos de México.¹⁶

¹⁶ Díaz que tiene una fé fácil, dice que les cortaban los miembros antes del sacrificio. "Mandó cortar piés y brazos á los tristes nuestros compañeros y las envia por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habian venido de paz, y les envia á decir que antes que volvamos á Tetzco, piensa no quedará ninguno de nosotros á vida, y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos." (Hist. de la Conq., cap. 145.) Esto no es muy probable, porque los aztecas no eran como nuestros indios norte-ameri-

Por los prisioneros cogidos en la última batalla supo Cortés que las tropas que venian en ayuda de Xochimilco, solo eran una parte de las levantadas por Cuauhtemotzin; y que su plan era mandar destacamento tras de destacamento, hasta que los españoles, bien que saliesen victoriosos de cada uno de aquellos encuentros, tuviesen cada vez alguna pérdida, y por último sucumbiesen de consuncion, vencidos, por decirlo así, por sus propias victorias.

Saqueada ya la poblacion no pensó Cortés conveniente esperar nuevos ataques de los enemigos. Al cuarto dia de haber llegado á ella, reunió todas sus tropas en una llanura inmediata. Muchos de los soldados venian agobiados con el botin; lo que causó gran disgusto al general: Dijoles, pues, que iban á emprender su marcha por una tierra que se habia levantado toda en su contra, y que por lo tanto, para estar seguros debian aligerarse lo mas que pudiesen: que la vista de tantos despojos debia escitar la codicia de los enemigos, los cuales se precipitarian sobre ellos como buitres hambrientos sobre su presa. Pero su elocuencia fué inútil, porque los soldados le dijeron descaradamente, que aquel era el fruto de sus victorias al cual tenian un derecho indisputable, y que ellos que habian sabido ganarlo con su espada, sabrian defenderlo con ella.

Viéndoles tan firmes en su propósiso, no procuró el general contrariar sus inclinaciones, pero mandó que los bagajes fuesen puestos en el centro, y los confió á unos cuantos ginetes: el resto de sus tropas lo repartió entre la vanguardia y la retaguardia, y como este último punto era el mas peligroso, en él puso á los ballesteros y arcabuceros. Dispuestas las cosas de esta suerte, emprendió su marcha; pero antes puso fuego á las combustibles casas de Xochimilco, en represalia de la resistencia que en ella habia encontrado.¹⁷ Las llamas de la incendiada ciudad se levantaban á las nubes y esparcian hasta muy

canos, que antes del sacrificio atormentan á sus enemigos, por mera crueldad; sino que los inmolaban conforme lo prevenia su ritual, porque para los aztecas un cautivo era una víctima religiosa.

¹⁷ "Y al cabo dejándola toda quemada y asolada nos partimos, y cierto era mucho para ver, porque tenia muchas casas y torres de sus ídolos, de cal y canto." *Relacion Tercera*, pág. 228.

lejos su siniestro fulgor que se reflejaba en las aguas y anunciaba á los habitantes de aquellas riberas, que los séres predichos por sus oráculos habian bajado del cielo, semejantes á un fuego que todo lo consume.¹⁸

A las veces se descubria á lo lejos alguna partida de indios, pero que no se atrevia á atacar al ejército, el cual antes del medio dia llegó á Cojohuacan, gran ciudad, á dos leguas de Xochimilco. Es raro andar una distancia como esta sin encontrar una ciudad de gran tamaño, tal vez en otro tiempo capital de algun señorío independiente. Los habitantes, miembros de diferentes tribus, y que hablan á veces dialectos diferentes, pertenecian todos á la gran familia que vino de la verdadera ó imaginaria tierra de Aztlan, al N. O. Reunidas estas tribus cerca de lo que pudiera llamarse su mar alpino, continuaron despues de incorporadas en la monarquía azteca, alimentando un espíritu de rivalidad que produjo en ellas el mismo efecto que en las ciudades del Mediterráneo, en la edad de el feudalismo: avivó sus facultades mentales, é hizo que el valle mexicano aventajase en civilizacion á todas las demas regiones de Anahuac.

La ciudad á donde acababan de llegar los españoles habia sido abandonada por sus habitantes, y Cortés se detuvo en ella dos dias para dar descanso á sus tropas y atencion á sus heridos.¹⁹ Este tiempo lo empleó en reconocer el terreno y en

¹⁸ Para otros pormenores acerca de las batallas de Xochimilco, puede consultarse á Oviedo, ubi supra. Herrera, ubi supra. Ixtliuochitl, Venida de los españoles, pág. 18. Torquemada, Monarquía Ind., lib. 4, caps. 87, 88. Bernal Diaz, cap. 145.

La relacion que el conquistador hace de estos encuentros, no tiene toda la claridad acostumbrada, por la brevedad, tal vez. En la relacion de los otros escritores (aunque contemporáneos), hay mas confusion de la ordinaria; por manera que es imposible sacar una historia verdadera, de autoridades que están en contradiccion, no solo unas con otras, sino aun consigo mismas. En todos tiempos ha sido raro que dos relaciones de una misma batalla coincidan en todos sus puntos; seguramente á causa de que la situacion de cada uno es limitada y diferente de la de los demas, y de que en medio del calor y confusion del combate es difícil observar fria y esactamente lo que pasa. Todo el que haya tratado con los que sobreviven se persuade de esto, y de que la verdad se puede ir á buscar á todas partes, excepto en los campos de batalla.

¹⁹ Este lugar notable por su belleza excesiva, fué despues de la conquista la residencia favorita de Cortés, el cual fundó allí * un convento de monjas y mandó en su testa-

* No se llegó á fundar este convento.—N. del T.

bajar acompañado de un fuerte destacamento, por la gran calzada que conduce de Cojohuacan á Ixtlapalapan.²⁰ En el punto de interseccion, nombrado Xoloc, encontró una fortificacion tras la cual se habian atrincherado los mexicanos. Sus flechas causaron algun daño á los españoles en cuanto estos se pusieron á tiro, pero ellos siguieron de frente, no obstante las apretadas descargas de los indios, tomaron el parapeto y despues de una obstinada contienda, los arrojaron de su posicion.²¹ Cortés avanzó un poco por la calzada de Ixtlapalapan; pero viendo que el otro extremo de ella estaba ocupado por multitud de guerreros, y no queriendo trabar encuentros inútiles, ni mucho menos estando casi agotadas sus municiones, se retiró á sus cuarteles.

Al dia siguiente continuó el ejército su marcha, tomando el camino de Tlacopan, cuya ciudad distaba de allí pocas leguas. En el tránsito recibieron alguna molestia de las partidas dispersas de indios, que al ver el riquísimo botin de que iban cargados, menudeaban sus ataques por los flancos y retaguardia. Cortés se vengó como en su primera expedicion, por medio de un estratagema, parecido á los que ellos acostumbraban; pero que fué menos feliz que el otro porque engolfado en el alcance cayó en una emboscada que á su vez le habian preparado los indios.

Y aun Cortés no igualaba á los indios en táctica maliciosa; pues en un solo momento fué envuelta la caballería y separada del resto del ejército español; pero asuzando á los alaza-

mento que allí se enterrasen sus huesos, fuera cual fuere el lugar donde moria. "Que mis huesos los lleven á la mi villa de Cojocacán y allí les den tierra en el monasterio de monjas que mando hacer y edificar en la dicha villa." Testamento de Cortés, MS.

²⁰ Esta, dice el arzobispo Lorenzana, que era la moderna Calzada de la Piedad. (Relac. Terc., pág. 229, nota.) Pero no es fácil conciliar esta opinion con el bien trabajado mapa del valle de México, de Humboldt. Una pequeña rama que en tiempo de los aztecas salia de esta ciudad, tocaba oblicuamente con la gran calzada meridional por donde la primera vez entraron los españoles en la capital. Como las aguas que en un tiempo bañaban enteramente la ciudad, se han retirado mucho, ha cambiado enteramente el aspecto del terreno; y bien que aun se conservan las principales calzadas, se han perdido los vestigios de las pequeñas.

²¹ "Y llegamos á una albarrada que tenian hecha en la calzada, y los peones comenzaronla á combatir, y aun que fué muy recia y hubo mucha resistencia, y hirieron diez españoles al fin se la ganaron y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escopeteros quedaron sin pólvora y sin saetas." Ibidem, ubi supra.

nes y uniéndose todos para formar una columna cerrada, lograron romper por entre los tercios indios, y escapar de sus manos, excepto dos que quedaron en ellas. Eran los asistentes del general que le habian acompañado fielmente durante toda la campaña, por lo que su pérdida le causó gran pena, la que aumentaba considerablemente por la consideracion del trágico y cruento destino que les aguardaba. Cuando el puñado de caballeros se reunió con el resto del ejército que inquieto por su tardanza habia hecho alto á las goteras de Tlacopan, quedaron asombrados los soldados al ver el abatido semblante de su comandante, el cual no pudo reprimir su emocion.²²

Todavía estaba alto el sol cuando entraron los españoles en la antigua capital de los tepanecas. El primer cuidado de Cortés fué subir á la cima del *teocalli* mayor y desde allí reconocer los alrededores. Era aquel un magnífico punto de vista desde el cual se dominaba la capital que solo distaba una legua. Acompañaban á Cortés, Alderete y otros varios hidalgos de los que últimamente habian abrazado sus banderas. El espectáculo era enteramente nuevo para ellos, y al ver la magnífica ciudad cercada de su anchurosa laguna cubierta de canoas, cargadas las unas de frutos para el mercado de Tenochtitlan y las otras de guerreros, quedaron admirados de tanta actividad y movimiento, y confesaron que solo la mano de la Providencia habia podido sacar incólumes á sus compatriotas, del corazon de tan poderoso imperio.²³

Entre aquella asombrada reunion, solamente Cortés tenia un sombrío entrecejo, y uno que otro suspiro que de vez en cuando se escapaba de su seno, revelaba la tristeza de sus pensamientos.²⁴ “Consolaos,” le dijo uno de los caballeros, deseando consolarlo á su manera tosca y marcial. “consolaos y

²² “Y estando en esto viene Cortés con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso.” Bernal Diaz, cap. 145.

²³ “Pues cuando vieron la gran ciudad de México y la laguna, y tanta multitud de canoas que unas iban cargadas con bastimentos, y otras iban á pescar y otras valdías, mucho mas se espantaron porque no las habian visto hasta en aquella sazón, y dijeron que nuestra venida en esta Nueva-España, que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenia.” *Ibid*, ubi supra.

²⁴ “En este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que de antes traía.” *Ibid*, loco citata.

no tomeis tan á pecho estas cosas, que viéndolo bien esta es la guerra.” La respuesta del general manifiesta el carácter de sus meditaciones. “Ya veis cuantas veces he enviado á México á rogalles de paz, y la tristeza no la tengo por una sola cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos hemos de ver hasta tornar á señorear, pero con la ayuda de Dios pronto lo pondremos por la obra.”²⁵

No se puede dudar que Cortés, lo mismo que cualquiera otro del ejército, conocia que estaba militando en una santa cruzada, y que, independientemente de toda consideracion mundanal, no podia servir mejor á Dios que plantando la Cruz en las torres salpicadas de sangre, de la metrópoli azteca. Pero era natural que sintiese alguna afliccion al ver aquel soberbio espectáculo y al pensar en la prócsima tempestad y en que aquellos ricos pimpollos de la civilizacion iban á ser dentro de breve marchitados y desbaratados por el violento soplo de la guerra. ¡Magnífico espectáculo el del gran conquistador deplorando á sus solas la devastacion que amenazaba á aquella tierra! Parece que verle de esta suerte produjo una fuerte impresion en sus soldados poco acostumbrados á descubrir en él semejantes pruebas de sensibilidad. Esto prestó asunto para algunos romances, ó cantos nacionales con que los copleros castellanos de los tiempos antiguos acostumbraban recordar á los héroes favoritos de su pais, y los cuales siendo un intermedio entre las tradiciones orales y las crónicas, han sido una memoria tan imperecedera como las crónicas mismas.²⁶

Tlacopan era el punto adonde Cortés habia llegado en su primera espedicion, al Norte del valle; por consiguiente habia ya completado la vuelta al rededor del gran lago, reconocido las diferentes entradas de la capital y visto por sus propios ojos

²⁵ *Ibid*, ubi supra.

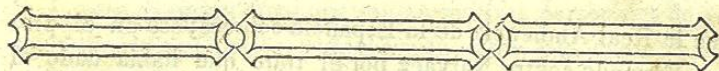
²⁶ Diaz trae las primeras redondillas del romance, que no he podido encontrar en ninguno de los romanceros impresos:

“En Tacuba está Cortés
Con su escuadron esforzado:
Triste estaba y muy penoso,
Triste y con gran cuidado,
La una mano en la megilla
Y la otra en el costado.” &c.

los preparativos de defensa hechos por el enemigo. No juzgó oportuno detenerse en Tlacopan, porque su proximidad á México habria podido acarrear el levantamiento de toda la belicosa poblacion de la primera de estas ciudades.

Al dia siguiente muy de mañana volvió á emprender la marcha tomando el camino que en su primera expedicion, al norte de los lagos pequeños. Molestáronle menos los enemigos que en las ocasiones anteriores, lo que en parte era debido probablemente, al tiempo que estaba muy tempestuoso. Los soldados con sus vestidos pesados á fuerza de mojarse, pasaron con dificultad por angostos caminos recorridos por un torrente. Una ocasion, segun nos refiere el militar cronista, descuidaron los oficiales de hacer la ronda nocturna, y les centinelas de montar guardia, fiados en la furia de la tempestad; sin embargo de que lo sucedido con Narvaez debiera haberles enseñado á no fiarse en los elementos.

En Atcolman, en el territorio acolhua, se reunieron con Sandoval, con el cacique de Tetzoco y con algunos otros hidalgos entre los cuales habia varios recién llegados de las Islas. Abrazaron cordialmente á sus camaradas y les comunicaron la noticia de que ya estaba completo el canal y que los bergantines que ya tenian su jarcia y velámen, estaban listos para ser botados en el agua. Por lo tanto ya no habia razon de demorar las hostilidades contra México. Despues de tan satisfactoria bienvenida, Cortés y sus legiones vencedoras, entraron por última vez en la capital acolhua, despues de gastar tres semanas completas en dar la vuelta á todo el valle.



CAPÍTULO IV.

CONSPIRACION EN EL SENO DEL EJÉRCITO.—SE ECHA AL AGUA Á LOS BERGANTINES.—FUERZA DEL EJÉRCITO.—EJECUCION DE XICOTENCATL.—MARCHA DEL EJÉRCITO.—PRINCIPIO DEL SITIO.

(1521.)

PRECISAMENTE al mismo tiempo que Cortés se ocupaba en reconocer el valle y en prepararse para el sitio de la capital, trabajaba activamente una faccion en Castilla por subvertir la autoridad de Cortés y por desbaratar al mismo tiempo sus planes de conquista. La fama de sus heróicos hechos se habia dilatado no solo por las islas, sino por España y otros países de Europa, donde causó general admiracion la indómita energía del hombre que puede decirse que con su solo brazo luchó por tan largo tiempo con el poderoso imperio indio. Solamente la ausencia del monarca español de sus dominios, y los disturbios del reino pueden esplicar la supina indiferencia con que miró el gobierno el fomento de aquella grande empresa. A esto se allegan las diligencias que haciañ Velazquez y Narvaez ayudados por un abogado tan poderoso como era el obispo Fonseca, Presidente del Consejo de Indias. Llevaba las riendas del gobierno Adriano de Utrecht, antiguo preceptor de Carlos, y despues Papa; hombre de saber y de alguna sagacidad, pero omiso y tímido en su política, y sobre todo, incapaz de aquella actividad y resolucion que distinguian el génio atrevido de su predecesor el cardenal Ximenez.

Sin embargo, en la primavera de 1521 se espidieron algunas providencias por el Consejo de Indias que produjeron un cambio importante en las cosas de Nueva España. Determinóse